

El itinerario de la fe en San Agustín

(Semana Agustiniiana en Pavía, 20-24 de Abril 1969)

Se esperaba. Y era un ansia que latía en todos los amantes de San Agustín. Si había un lugar en que podía renovarse lo agustiniano, éste no podía ser otro que Pavía. Aquí, en Pavía, se aunaba una tradición milenaria y un espíritu nuevo, una espiritualidad y un estudio. Ya el Papa Pablo VI, siendo Cardenal Montini había augurado esto y desde su Cátedra de Roma ha insistido una y otra vez en esta necesidad. Pavía y los Agustinos tenían una deuda con San Agustín y por fin se han decidido a saldarla. Su Excia. Mons. Antonio Angioni, obispo de Pavía, se ha hecho portavoz de estos deseos, ha nombrado un Comité organizador y ha iniciado nuevamente el agustinismo en Pavía. La unión entre todos, entre sacerdotes y Padres Agustinos y con la Universidad, se promete esperanzadora para los estudios agustinianos y para el buen éxito de estas Semanas de Estudio.

Una llamada a la reflexión con San Agustín ha sido la tónica de la primera parte de esta iniciativa que llevaba por slogan "Pascua con San Agustín". Actos litúrgicos y homilias pretendían poner de relieve algún lado sobresaliente de su figura y doctrina. En agustiniano la ciencia precisa convertirse en vida, que se lincoa en el espíritu reflexivo y se revierte en la praxis de cada día, siendo una llamada más para una vivencia más íntima de sus valores.

EL BAUTISMO DE AGUSTÍN.—La Semana Agustiniiana se iniciaba el día 20 con la homilía, en el gran pontifical de la tarde, del Cardenal Giovanni Colombo, Arzobispo de Milán. Su tema central era el bautismo de San Agustín y consiguientemente la parte que ha tenido Ambrosio en la conversión de Agustín, culminada en el último acto. El Purpurado explicó brevemente la noche pascual del bautismo con sus actos litúrgicos y los empeños a que comprometía, la relación de Ambrosio y Agustín en su ambiente cultural, examinando sus riquezas para Ambrosio en lo material también, para Agustín sobre todo en lo intelectual. Y luego dirá: "No fue fácil a la gracia conquistar un tipo problemático y recalcitrante como Agustín. En esta empresa los aliados del Señor fueron Mónica en sus oraciones y sus lágrimas con frecuencia despreciadas por el hijo, Ponticiano y Simpliciano y otros. Pero ciertamente el colaborador principal de Dios fue Am-

brosio". Una vez convertido sería Ambrosio quien le administraría el bautismo. Sin embargo para la vida y la psicología de Agustín recordamos otro hecho que su Eminencia expone así: "Poco tiempo antes del bautismo halló la fuerza de dejar tornar al Africa, sola, la madre de su Adeodato, la innominada mujer cartaginesa, con quien había convivido dieciséis años. Si fue ciertamente Mónica quien la persuadió que era un obstáculo a los designios de Dios sobre Agustín y ni siquiera Mónica sabía cuán grandes eran— es probable que no haya sido ajeno Ambrosio, el predicador de la virginidad consagrada, al voto que aquella mujer hizo de no querer conocer más hombre alguno.

Fue también Ambrosio quien inyectó en el corazón de Agustín aquella duda, aquella insatisfacción y aquella turbación que, entre concesiones y represiones lo inducirán a desafeccionarse de la profesión de docente y lo conducirán a la escena del huerto milanés, y luego al retiro de la villa de Verecundo a Casiciaco y por último al bautismo".

Quizá sea mucho conceder a Ambrosio en todo ello, pero es indudable que una parte no despreciable ha tenido en el viraje dado por Agustín a su vida. El Cardenal Colombo, en la última parte de su homilía recuerda cuanto en lo doctrinal ha legado Ambrosio a Agustín, a saber la síntesis entre cristianismo y latinidad, la interpretación alegórica de la Sagrada Escritura y el ideal de la *virginidad consagrada*. Y añade, para dedicar su final a ello: "Y como en la pastoral de Ambrosio el sacramento de la fuente tenía una parte predominante, así Agustín quiso que fuese también en la propia pastoral". A este propósito expone con numerosos textos agustinianos la pastoral litúrgica y el compromiso que implica el bautismo. Como buen pastor le interesa primordialmente la vivencia de las exigencias del bautismo, extraída de los mismos textos de Agustín: "A la luz del pensamiento agustiniano aparece claramente que el bautismo es una regeneración que, liberando al hombre del egoísmo soberbio del pecado, lo hace nacer nuevo para una vida nueva, en el humilde amor que impulsa al sacrificio de sí mismo por el bien y la alegría de los demás. No se puede, pues, contentar uno con el rito exterior, sino que es necesario llegar a vivir la vida nueva que brota de aquel rito". Y luego de continuar las citas de los textos, concluirá con estas palabras: "Lo que más le angustia es el olvido del bautismo recibido, es la incoherencia de los cristianos frente a los empeños derivados del sacramento de la fuente. "Si has nacido en el bautismo, ¿dónde está tu vida nueva? Si has devenido fiel en el bautismo, ¿dónde está tu fe? Oigo tu nombre de bautizado, mas hazme ver también tu realidad" (Serm. 228).

Era una buena inauguración, la conjugación perfecta de lo que debe ser lo agustiniano, bañado en el espíritu con exigencia constante de encarnación y traslucido únicamente en ella, llamando la encarnación a una vivencia más profunda. Podría decirse que el "itinerario de la fe" comenzaba con el bautismo, pero

no es cierto, ni lo fue para Agustín. A ello responderían las conferencias en los días sucesivos.

EL ITINERARIO DE LA FE EN SAN AGUSTÍN.—Era el título general de la Semana Agustiniana, que desarrollarían diversos oradores y que en la organización llevaría un orden progresivo, que en el desenvolvimiento no se mantuvo por los empeños de los mismos oradores. El programa preveía: "La experiencia del racionalismo maniqueo", "El influjo del espiritualismo neoplatónico", "Encuentro con San Ambrosio" y "Fe y vida en el pensamiento y en la experiencia de San Agustín". Todos los temas han tenido su desarrollo, aunque el orden fuera alterado.

El día 21 de abril tenía lugar la primera conferencia. Pero antes de iniciarla, se dio lectura a una carta del Papa Pablo VI, en la que se congratula de la iniciativa promovida por el Cardenal de Milán y el Obispo de Pavía, quienes le habían dirigido antes un mensaje breve para notificarle el acontecimiento. La carta del Papa decía así:

"Nos ha parecido muy digna de Nuestra aprobación y de nuestro aplauso la iniciativa, de la que Vd., Señor Cardenal, y el digno obispo de Pavía, Nos habéis dado noticia particularizada. Las dos Diócesis de Milán y de Pavía, en el recuerdo siempre vivo y conmovido de los santos Ambrosio y Agustín, de cuyos nombres reciben tanto lustre y honor, se han sentido concordemente unidas en el noble intento de preparar y actuar "Semanas Agustinianas".

De ésta la primera está para abrirse y, con oportuna y significativa elección, se iniciará en Pavía, en la Basílica de San Pietro in Ciel d'Oro y cabe el Almo Colegio Borromeo durante este mismo mes de Abril, en coincidencia con la fiesta litúrgica de la conversión de San Agustín.

Al considerar las circunstancias de tiempo y de lugar y la rica y sugestiva temática que, con meditado designio, será desarrollada en el docto convenio, Nos sonríe la esperanza, no falaz, sino cierta y firme, de que no solamente el éxito de la semana será provechoso, sino que obtendrá también vastas y felices repercusiones.

En ella, sin duda, será iluminado con cuidada búsqueda histórica y profundo acumen psicológico el misterioso camino, que llevó al Santo Obispo de Hipona de las aberraciones juveniles a la luminosa cima, por operaciones de la gracia divina y por pródigos encuentros, entre los que fue decisivo el de San Ambrosio, del vagabundeo intelectual y de las miserias morales a una gozosa posesión de la verdad plena, bondad y belleza y a una incomparable virtud difusiva del mensaje cristiano.

Todo esto, valorado en su esencia, no es más que un capítulo de la teología espiritual, nobilísima disciplina que estudia las admirables vías del Espíritu Santo para purificar, iluminar e invitar las almas a uniones místicas con el Verbo divino.

Se Nos ofrece, pues, esta ocasión muy propicia para exhortar a cuantos se

interesan de estudios religiosos a que tengan en gran cuenta y cultiven con método científico y apasionado empeño tal rama de la teología universal.

Junto a la teología especulativa, cuya importancia siempre será fundamental e insustituible para la clarificación, integridad y defensa del dogma, ha de colocarse a nivel digno la teología espiritual, pues son muy válidas las razones que militan a favor de tal apreciación justa y debida. Ella, cuando es genuina en sus fuentes y en sus principios, múltiple y espléndida, sagrada por el contenido y por la forma, es la Revelación que penetra en la subjetividad humana, cúmulo de experiencias místicas, síntesis de naturaleza y gracia, fruto exquisito de catarsis y de sabiduría iluminadora, cuyo término no es, aunque sea supuesta en sus bases, la claridad conceptual, sino la adoración, la plegaria, la efusión interior del espíritu, el silencio contemplativo, la vida.

Así la teología espiritual viene a integrar la teología dogmática, que por su cultivo se ha hecho más adornada, elevada y aplicada. Las investigaciones, que le tocan en la vastedad de un plan sistemático bien delineado y extenso, podrán constituir una aportación útil a la futura historia total de la teología espiritual, de la que dentro de la Iglesia se han dado y se pueden dar siempre nuevas y variadas expresiones, puesto que la plenitud del Logos, con férvida irradiación, tiende a desplegarse en siempre felices novedades de progreso sin término.

Como San Agustín fue maestro y ejemplo incomparable de la teología espiritual, así será ciertamente estimulador y guía en la Semana dedicada a él cabe su Tumba gloriosa. El augurio que formamos para el fecundo éxito de las mismas Semanas, es que todos los participantes a ella y cuantos adherirán con deferente simpatía, o leerán las Actas sientan la necesidad de una alegre acción de gracias a Dios por el impulso advertido hacia místicas ascensiones, ávidas de belleza y descubridoras de verdad. "Tarde os amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde os amé... —nos parece escuchar al mismo Agustín—. Y he aquí que Vos estabais dentro de mí, y yo de mí mismo estaba fuera... Vos llamasteis, gritasteis, derribasteis mi sordera; centelleasteis, resplandecisteis, ahuyentasteis mi ceguera; dentramasteis vuestra fragancia, la inhalé en mi respiro y ya suspiro por Vos; gusté, y tengo hambre y sed, me tocasteis, y encendíme en el deseo de vuestra paz" (Confess. X, XXVII).

Con tal auspicio, que avaloramos con la oración, impartimos a Vd., señor Cardenal, al celoso obispo de Pavía y a cuantos tomarán parte viva en la pródiga empresa, o promoverán de algún modo sus desarrollos, propiciadora de copiosos dones celestiales, la Bendición Apostólica.

Del Vaticano, 7 de abril 1969.

Paulus PP. VI".

Tras la lectura del texto tomó la palabra D. Casati para hacer la presentación del temario de la Semana y del orador de esta primera conferencia. Lo era el Padre José Morán, y tenía por tema: "*La experiencia del racionalismo maniqueo*". Hace un parangón entre el Agustín llegado a la madurez y a la responsabilidad y el mundo de hoy. Sólo cuando el hombre madura humanamente puede presentarse el problema religioso. Y a la humanidad, dice el orador, hoy más madura que nunca, se le presenta agudamente el problema de su actitud religiosa. Examina la formación religiosa de Agustín en familia, su conciencia de culpabilidad y de pecado, su proclividad hacia la pasión para concluir a una fe tradicional, recibida, impuesta, no personalizante. A los 19 años Agustín se plantea el conflicto entre la fe y el problema moral que vive.

Se pregunta el porqué de su fe, busca y halla un modo acomodante y cómodo en el maniqueísmo, en el que puede, al menos aparentemente, sentirse libre de responsabilidad y de culpa y contar con una especie de religión. Se le promecía razón y explicación de todo sin necesidad de autoridad ni de fe. Su inquietud interior, sin embargo, continuó hurgándole en la propia intimidad.

Quiere verificar la verdad del maniqueísmo, y lee, pregunta y llega a la conclusión siguiente: su doctrina no va de acuerdo con la ciencia de los libros, nadie sabe explicarle la doctrina y los problemas que implica, y cuando no tienen respuesta, se le manda y se le obliga a creer para comprender luego. Por otra parte, él se siente pecador y siente que es él mismo y no otro en él quien peca. Y se dice tristemente: Me han engañado. Esta dolorosa constatación y además el espiritualismo que comienza a insinuarse en su alma, le abren la vía al escepticismo y a la conversión. Su primer proceso hacia la madurez de la fe estaba concluido: desde una fe infantil hacia un racionalismo sin razones que le sume en el escepticismo y le descubre la necesidad de una fe, aún en lo humano. Es, empero, noble en su búsqueda y su nobleza le salvará y le madurará en la investigación y verificación de la verdad.

Agustín solamente pide algunas virtudes humanas: una búsqueda sincera de la verdad, una inquietud, una nobleza de alma y de espíritu y buscar para encontrar y encontrar para seguir buscando. Con estos valores por delante la fe no tiene miedo a quien pide razones, a quien busca. Y hoy no debe tenerlo tampoco de nuestro tiempo, que se halla en período de verificación de sus creencias. Yo diría que frente a nuestro mundo la actitud que debe mantenerse es la de aquel obispo al que Mónica le pedía un coloquio con Agustín. El obispo, sabio e inteligente, no ha querido sostener esa entrevista con Agustín y él mismo alaba su conducta en las *Confesiones*, porque piensa que sin duda le hubiera vencido en sus razonamientos y hubiera seguido su camino. El obispo sabía que una cosa es el momento de la búsqueda y otra el momento del retorno y del encuentro. El hombre debe convencerse por sí solo, debe preguntarse, buscar, estudiar y leer con since-

ridad. Cuando lo haya verificado todo y lo haya experimentado todo, cuando no tenga ya razones humanas ni científicas, y quede en el fondo de su corazón todavía la esperanza, pues hay que concordar en que ni las razones ni la ciencia son capaces de destruirla, sólo entonces florecerá de nuevo una fe profunda y arraigada. Podríamos concluir diciendo —finalizaba el orador— que el racionalismo de Agustín ha encontrado su razón en la fe. Porque el racionalismo, de hecho, cree en la razón y olvida que la razón no puede dar razón a sí misma. El creyente no es, pues, irracional, ya que el racionalista más puro cree.

El día 22, martes, desarrollaba su conferencia el Cardenal Pellegrino, conocido ya en todos los estudios patristicos y muy especialmente en los agustinianos. Su tema: "*Fe y vida en el pensamiento y en la experiencia de San Agustín*", y su exposición, la habitual en su estilo filológico y siempre positivo. Sólo una falsa interpretación, comenzó diciendo, ha llegado a separar la fe y la vida, que en San Agustín, como ya en la Escritura, son plenamente inscindibles y quizá muchos de los problemas hoy existentes han nacido de esa separación que, por otra parte, no es auténtica. ¿Qué relación existe entre la fe y la vida? El argumento, dice el ilustre orador, podría ser afrontado de dos modos: o examinando el pensamiento, o haciendo el análisis de la experiencia agustiniana. En nuestra exposición seguiremos una vía y otra, completando de este modo cuanto el tiempo breve de una conferencia lo permita.

¿De dónde brota la relación entre la fe y la vida en el pensamiento agustiniano? Las fuentes para abordar el tema en Agustín son muy diversas y podríamos limitarlas un poco, a la Escritura de modo especial, tratada por otra parte con la maestría teológica que es habitual en el Obispo de Hipona, a su práctica pastoral, que no le ha permitido mantenerse sólo en la vía del pensamiento, a las diversas polémicas, pero particularmente a la polémica antipelagiana. Todas estas fuentes las ha asimilado nuestro autor en una meditación profunda y en un contacto con la palabra de Dios, antes y después de su conversión.

Haciendo culpable al tiempo que impone la limitación, el Cardenal Pellegrino examina algunos momentos más sobresalientes del pensamiento de Agustín, recogiendo abundantemente los textos agustinianos. Hace un examen de las relaciones entre fe y vida, entrando directamente en su obrita precisamente sobre el argumento, a saber en el *De fide et operibus* del año 413, concluyendo con Agustín, tras un sondeo por toda la obra en la fe que obra por la caridad, ya que "si fidelis caritas operatur, sine dubio bene operatur". En la relación entre fe y obras es preciso salvar siempre la iniciativa divina, ya que la fe es un don. La fe es, además, principio de renovación interior, es fundamento y raíz y es la justicia en sentido paulino. Más aún, la fe vendrá identificada por el Santo en diversos lugares con la vida divina. Fe y obras son dos caras de una misma realidad, que se prolonga, ya que la fe es algo vital. Se parte, claro está, de una fe verda-

clera y profunda, manifestada en la vida, que no es un puro asentimiento intelectual. Es el testimonio de los hechos, ya contenido en el Evangelio y exhumado por Agustín con vigor: esto no es ninguna novedad que hoy se haya inventado. El cristianismo ya desde sus fuentes más originales predicaba esto, aunque se olvide.

El valor de las obras no está en la apariencia, sino en la caridad, en el amor. El amor hace siempre el bien y así la fe obra por la caridad. La vida contemplativa —agregaba su Eminencia— tiene en este sentido una justificación plena, porque aún cuando se sufre por amor, esta meditación es el pensamiento de quien ama. Fe y caridad son también inseparables y el primado de la caridad aparece en las constataciones. Se pregunta al hombre no qué cree o qué espera, sino qué ama, ya que el amor define el ser y el obrar. Pero la fe está en nosotros, es Cristo quien está en nosotros, y dado que Cristo es la vida, no pueden separarse nunca fe y vida en la doctrina agustiniana. Los textos agustinianos abundan a este respecto, sobre todo en sus sermones y homilias al pueblo.

En segundo término, el orador ha analizado la relación entre fe y vida en la experiencia de Agustín, recorriendo cada una de las etapas de su itinerario hasta la conversión, ateniéndose especialmente a las *Confesiones*, obra por él tan conocida y tan usada en esta clase de argumentos. Pone de manifiesto la constante búsqueda de la verdad y la lucha de Agustín haciendo frente a las pasiones —sensualidad y soberbia—, poniendo el acento sobre el Dios-verdad y sobre el hombre-mentira. Ha concluido con un pasaje del lib. VII, 10, 16, que ha precisado así: Verdad y caridad, he aquí todo el cristianismo y he aquí el camino que nos mostró Agustín.

Todos estos pensamientos estaban jalonados en la conferencia del Emmo. Cardenal Pellegrino con textos agustinianos y ha brindado al auditorio una serena y reposada lectura espiritual de textos agustinianos, internándose a veces por los problemas que agitan nuestro tiempo, aunque sin querer entrar decididamente en ellos.

El profesor Michele Federico Sciacca era el orador del día 23 y su tema era en su título una garantía para el orador: *Influjo del espiritualismo neoplatónico*. San Agustín es, para el orador, un filósofo que ha unido pensamiento y vida y de ahí le brota por reflexión y pensamiento su contemporaneidad. Aun en el argumento que desarrollará podrá verse en su medida la actualidad del filósofo Agustín, fuente de pensamiento y de reflexión para hoy. Agustín, decía el orador, ha encontrado a los neoplatónicos, cuando no era ya maniqueo, pero no siendo católico todavía. En este momento, el profesor Sciacca se entretiene en decir que algunos han pensado que Agustín se ha convertido al neoplatonismo puro y otros que su conversión es posterior, coincidiendo con el episodio del huerto de Milán. En el momento de la lectura de los libros de los platónicos de que habla Agustín y que el orador centra especialmente en Plotino, el joven de Tagaste ha cristiani-

zado el neoplatonismo, no ha platonizado el cristianismo. Su tesis girará en torno a este punto e intentará grabarla en los oídos y en las mentes de los oyentes.

A este fin agrega que en ese encuentro Agustín tenía dos clases de dudas: una teológica, dado que no podía concebir la espiritualidad de Dios, y otra filosófica, que era el origen del mal, que según el maniqueísmo procedía del principio del mal. Sin duda las *Enéadas* de Plotino, algo de Porfirio y de Platón, tal vez el *Tímeo*, le ayudaron en ese doble sentido. Esa lectura y los sermones de Ambrosio que escuchaba todos los domingos en la Iglesia colaboraron a la solución de esas dudas: Dios es la verdad y la luz incorpórea y el mal es la privación del bien, es la deficiencia del ser, que solamente pueden darse en el bien o en el ser.

La solución sería solamente sobre un plano filosófico, ya que los neoplatónicos no le resolvieron las dudas teológicas. Estas le vendrían disipadas por el Evangelio de San Juan y las cartas de San Pablo. Le enseñaron la encarnación del Logos con su humillación, que era lo inconcebible para los neoplatónicos y de los que Agustín no podía esperar respuesta. Con la lectura, por tanto, dirá el profesor Sciacca, de los neoplatónicos Agustín no neoplatoniza el cristianismo, sino que cristianiza el neoplatonismo, es decir lee los neoplatónicos con ojos cristianos a través del Evangelio de S. Juan, interpretando los textos de aquellos con las ideas recogidas sea en los Sermones del obispo de Milán, sea en la lectura de las Escrituras, en especial de los textos a que antes aludíamos. Es esto tan verdad que no retiene cuanto los neoplatónicos le enseñan, sino que recoge de ellos lo positivo y aprovechable y lo integra a un concepto netamente cristiano. Acepta la idea de Dios como luz incorpórea, pero la completa, diciendo que esa luz se entiende con el amor, que sería el entendimiento de amor, de Dante. Acepta la idea del mal como defecto de bien y de ser, pero la completa con la idea cristiana de creación, que corta radicalmente el camino a todo dualismo de origen, es decir a la teoría de un doble principio.

El autor concluye, como se ha hecho en todos estos días, con una aplicación a nuestro mundo actual: como Agustín ha cristianizado el neoplatonismo y la cultura de su tiempo y Tomás de Aquino ha cristianizado el aristotelismo reinante del suyo, así nosotros tenemos que hacer frente a la cultura del nuestro que trata de "deshelenizar" y de "desromanizar" con peligro de dejarlo todo en un puro humanismo, y cristianizarla, a ejemplo de los grandes del pensamiento pasado. La tesis del profesor Sciacca, sobre todo si se tiene en cuenta la evolución agustiniana del principio, sería discutible y lo es y lo ha sido de hecho y los textos de las mismas *Confesiones*, estudiados en la distinción del *tunc* y del *nunc*, nos lo probarían con precisión, pero tiene el docto filósofo italiano la facilidad de patentizarla ante un público susceptible de asumirla.

Finalizaría la semana el día 24. Por la mañana la función litúrgica tendría

su centro en la Basílica de San Pietro in Ciel d'Oro, oficiada por Su Excelencia Monseñor Antonio Angioni, al que se unían en la concelebración sacerdotes de la diócesis y un nutrido grupo de Padres Agustinos, entre los cuales figuraba el M. R. P. Asistente, Quacquarelli y el Provincial de la Provincia Ligure, P. Bonassi. Así se mantenía la fidelidad al programa trazado inicialmente en esa colaboración en el trabajo y entre el espíritu y el estudio de lo agustiniano. Por la tarde ocupaba la cátedra el profesor Pizzolato con una conferencia, cuyo título era: *Encuentro con S. Ambrosio*. Recordando el encuentro con Fausto, hace luego un parangón entre Ambrosio y Fausto, poniendo de relieve las diversas cualidades de uno y otro y la impresión causada en Agustín. En las *Confesiones* aparece en claro ese doble, en el vendedor de palabras, sin soluciones, y el hombre de "suavitas" de estilo y sobre todo de accesibilidad a la Escritura, haciéndola más agradable y manteniéndola en la autoridad que le conviene, ayudándole por otra parte a resolver algunas de aquellas dudas que le habían angustiado antes.

El gran valor de Ambrosio en Agustín ha consistido en el devolverle aquella confianza en la autoridad que había perdido en los maniqueos y por la que había seguido luchando. El sentido de la búsqueda de la verdad le viene agudizado y se enciende nuevamente con la lealtad y nobleza de aquella alma señorial. En realidad, dirá el profesor Pizzolato, Agustín no buscaba soluciones teóricas, buscaba sobre todo una persona en quien confiar, que le volviese al sentido de la autoridad no por imposición, sino por valer. Y lo ha encontrado en Ambrosio. Además Ambrosio le ofrece un nuevo modo de buscar fundado en la meditación y en la Escritura con una interpretación alegórica de la misma.

A este propósito, recuerda que a la acción oculta, pero eficaz de Ambrosio se añadía la labor del círculo neoplatónico milanés, cuya doctrina venía envuelta en el cristianismo y se la ofrecía el mismo Ambrosio en sus exposiciones y sermones. El orador piensa que no hay que confundir las dos acciones y que además el influjo de Ambrosio ha sido superior y que a él se debe si Agustín no se ha parado en el neoplatonismo. El exégeta convencido y sabio ha dado al Hiponense unos horizontes que no había sospechado y le ha ayudado a superar las dificultades que tenía planteadas en el curso del neoplatonismo. De hecho el texto paulino de la escena del huerto fue interpretado por Agustín según los cánones de la exégesis ambrosiana.

No obstante, no ha dejado el profesor Pizzolato de señalar que los contactos personales entre los dos grandes de la Iglesia fueron escasos y hasta fríos. Pero fue un contacto superior de espíritu, en el que Ambrosio hacía trasparecer a Dios humilde, pero eficazmente. En la conversión de Agustín, concluiría el orador, Ambrosio fue el instrumento poco brillante, pero determinante. El mismo Obispo de Hipona no dudará en llamarlo "padre".

Esta primera Semana Agustiniana en Pavía era un éxito en todos los senti-

dos, en organización, en conferencias, y en asistencia de público, distinguido y siempre atento. Ha respondido la Universidad con sus profesores y sus estudiantes y han respondido todas las personas más directamente interesadas en la historia espiritual del cristianismo y en los problemas humanos que la historia de Agustín suscita. A todos ellos se debe agradecer el que haya vuelto la tradición agustiniana a florecer en la ciudad de San Agustín y de Boecio, y el que se realice con frescura sin verano. Ahora solamente nos queda esperar la publicación de las Actas en las que se podrá apreciar la altura y competencia de los conferenciantes, y la organización periódica de encuentros de este nivel para que San Agustín continúe irradiando su luz desde su tumba y podamos convencernos de que San Agustín aún no ha muerto. Y no ha muerto porque ha habido hombres entregados a exhumar para hoy desde Pavía su recuerdo, en las personas activas y bien preparadas de D. Casati y del P. Scanavino, verdaderos promotores de la Semana, en representación y por delegación de su Excelencia Monseñor Antonio Angioni que con tanto cariño ha tomado estas celebraciones.

J. MORÁN

Pavía-Valladolid